

PROLOGO

*del libro de Alfredo Feliu Corcuera Euskadi insólita **

He leído este libro. Y me ha parecido hallarme ante un escenario en el que desfilan imágenes, luces y sombras, fantasmas y eones que habitan en moradas y rincones solitarios de un paisaje natural que nos es caro e interesante. Sensaciones inéditas e insólitas, en su mayoría, que permiten, sin embargo, vislumbrar o reconocer resonancias de la vida tradicional vasca y que, incluso, plantean problemas sobre el destino humano.

¿Es la muerte la total consumación del proceso de una vida? No creían así quienes veían un alma de difunto en la ventana de su casa, ni aquellos que oían los misteriosos ruidos del palacio de Narros, ni la niña de la mano de fuego y su cortejo de familiares amedrentados, ni los que ofrendaban la última opilla o los panes y luces a sus antepasados.

Esta ofrenda de luces a los muertos responde sin duda a la idea de alma-sombra de los latinos y de su tenebrosa morada, y no a la de almas-luces, más general en el País Vasco. Pero el impacto de la cultura romana en diversos aspectos del saber popular vasco aparece indiscutible. Tal es el caso del nombre *gerixeti* («sombra», «alma de difunto») conocido en la región de Guernica y de Lequeitio; el de la creencia en las sombras, como únicas cosas visibles del cazador errante y de sus perros a la luz de la Luna (Ataun); el de las brujas, a quienes sólo cabe castigar azotando sus sombras.

«La santa de la cueva y el basajaun» es otro título que figura en este libro. Se trata de dos ermitas —*Arpeko Saindua* y *San Juan*— situadas en cuevas de Bidarray y de Yanci, donde los peregrinos depositan ofrendas de luces, de dinero y de vestidos usados, como depositan piedras en otras cavernas del país. En efecto, símbolos de oraciones y ofrendas dedicadas a los genios telúricos han sido los cantos rodados o piedras que, al pasar cerca de ciertas cavernas, lanzaban muchos hacia el interior de tales antros, mientras decían estas palabras: *Ori iretzat eta ni Jainkoarentzat* «Eso para tí y yo para Dios» (Ataun). Lo mismo se ha practicado en algunos dólmenes, como en *Ziñeko-gurutze* y en *Obioneta* y antes en el túmulo de la planicie de *Gaztelueta* (al pie de *Beloki*), sitios en la sierra de Aralar, y en las almoras o *Salves* de la región de Tudela. También los peregrinos que iban a ciertos santuarios, como de San Miguel de Aralar, de Aránzazu y de Urquiola, llevaban piedras y las colocaban junto a sus muros. Las mujeres que, deseando tener descendencia, iban a Jabier y a Ujué, las echaban igualmente en los pozos existentes en aquellos lugares. En Sara y en Liguinaga es costumbre colocar piedras en las copas de los árboles frutales para lograr una buena cosecha de frutas.

* Ps. 7-10, el autor Zarri en San Sebastián: Haranburu Editor. 1980.

Los ritos de *Arpeko Saindua* y de *San Juan* de Yanci recuerdan antiguos cultos, con los que parece estar relacionada la práctica de recitar un Credo o varios en un nicho abierto en uno de los muros de la capilla de San Miguel en el santuario de este nombre sito en la sierra de Aralar. Es fama que aquel nicho se halla en comunicación con una caverna. Nichos parecidos existen también en otros santuarios o ermitas, como en las de San Pedro en Cegama, de San Juan en Orio, de San Esteban en Usúrbil, de Santa María de Zikuñaga en Hernani y de Santa Marina en Asteasu. En tales huecos o nichos los devotos introducen su cabeza y recitan el credo o confesión de fe cristiana.

Otros temas, como los comprendidos bajo los títulos de «La piedra de los muertos», «Ezkioga, santuario secreto» y «Beber en cráneo», nos revelan un trasfondo espiritual y nos recuerdan viejas concepciones del mundo y del hombre, totalmente ajenas a los postulados materialistas de nuestra existencia hoy erigidos únicos en valores trascendentes o de única instancia.

Las fiestas solsticiales a las que alude el título *Conjuros de San Juan*, se celebran en el País Vasco asociadas a diversos elementos de prosapia indoeuropea. Así, los mitos y los cultos solares dejaron aquí sus huellas en numerosos dichos, leyendas y usos —danzas, saltos, baños, abluciones y fuegos—, cuya vigencia actual puede ser comprobada en muchos lugares de Vasconia.

En este último aspecto de nuestra etnografía hoy nos hallamos mejor documentados que a principios del presente siglo, época en que Menéndez y Pelayo, aludiendo a las prácticas solsticiales, decía que los «vascos españoles» habían olvidado tales costumbres «gracias a la perseverancia y gloriosa lucha de la Iglesia española contra todo género de hechicerías y supersticiones» («Historia de los heterodoxos españoles», tomo II, págs. 237 y 238. Madrid, 1917).

El «Misterio del cuarto azul» tiene variantes en diversas localidades de nuestro país y no pocos paradigmas en otras regiones y naciones, asociadas a trasgos, duendes y aparecidos o almas en pena.

Pero estos relatos, cuya urdimbre está formada por temas de los que no pocos se repiten en anchas áreas dentro y fuera de nuestro país, presentan en cada pueblo un matiz peculiar, lo que es bastante para imprimir cierta originalidad a cada grupo étnico. Son, pues, indudablemente pinceladas que marcan la silueta del vasco «insólito»; pero tienen un trasfondo en el que se trasparentan los rasgos de la estructura mental más seria del vasco histórico.